

☞ CAPÍTULO III.—LA LUCHA POR LA EDUCACIÓN. ☞☞☞☞

Aconteció que un día mientras trabajaba en la mina de carbón, sorprendí la conversación de dos mineros que hablaban de una gran escuela para negros, situada no sé en qué sitio de la Virginia. Hasta entonces no había oído hablar de otra cosa, en materia de colegios, que de pequeñas escuelas para niños negros, como las que había en nuestra villa.

En la obscuridad me acerqué cuanto pude á los dos hombres que hablaban. Logré comprender no sólo que aquella escuela estaba fundada únicamente para las gentes de mi raza, sino que á los estudiantes pobres, pero con méritos, se les daban medios de trabajar para pagarse los estudios, en todo ó en parte, y aprender á la vez un oficio ó una industria.

Oyendo contar estas cosas me parecía oír lo más hermoso que había en el mundo y ni el cielo mismo ofrecía á mis ojos mayores atractivos que la escuela normal y agrícola de Hampton (Virginia) de que hablaban aquellos hombres. Tomé en seguida mi resolución; me propuse ir á aquella escuela, aunque no tuviera la menor idea de dónde estaba instalada, ni cómo podría llegar á ella; todo lo que sabía es que me inflamaba esta única

ambición: ir á Hampton. Noche y día me hostigaba el mismo pensamiento.

Sin embargo, después de este incidente, continué todavía algunos meses trabajando en la mina de carbón. Oí hablar entonces de un sitio vacante en la casa del general Luis Ruffner, propietario del alto horno y de la mina. La señora Viola Ruffner, esposa del general, era una yankee del Vermont. Tenía fama de gran severidad con sus doncellas y sobre todo con los muchachos que tomaba á su servicio. Nadie permanecía en la casa más que dos ó tres semanas. Todos la dejaban pretextando su excesiva severidad. A pesar de ello, resolví ensayar aquel empleo, antes que continuar en la mina de carbón; mi madre dió los pasos necesarios cerca de la señora Ruffner y el trato se cerró en veinticinco francos mensuales.

Había oído hablar tanto de la severidad de la señora Ruffner que casi tenía miedo de verla y temblaba en su presencia. No me costó gran trabajo comprender lo que quería. Quería, en primer lugar, que todo resplandeciera de limpieza en torno de ella y que todo se hiciera con prontitud y orden; además, y sobre todo, quería una franqueza y una honradez perfectas en el trato. No debía descuidarse nada; todas las puertas y todas las empalizadas debían mantenerse en buen estado. Según mis cálculos estuve en casa de la señora Ruffner dieciocho meses antes de mi salida para Hampton. De todas maneras las lecciones que recibí en aquella casa me aprovecharon tanto como las que después he recibido. Todavía ahora no veo un pedazo de papel en los alrededores de una casa ó en la calle, sin que me entren deseos de recogerlo en seguida. No veo un patio sucio, sin experimentar la necesidad de limpiarlo, una tabla que falte en una cerca sin ganas de poner otra en su

lugar, una casa con la fachada sucia sin querer blanquearla, un botón que falte en un traje ó una mancha de grasa sin que me sea necesario llamar la atención de alguien.

Mi miedo á la señora Ruffner trocóse pronto en un sentimiento de confianza y acabé por considerarla como una de mis mejores amigas. Cuando ella se dió cuenta de que podía descansar en mí, arregló su conducta en consecuencia. Durante los dos inviernos que pasé en su casa me permitió ir á la clase una hora diaria, algunos meses; pero la mayor parte de mis estudios los hacía de noche, sólo, ó en compañía de maestros que yo mismo me pagaba. En todos los esfuerzos que hice por mi educación, la señora Ruffner me animaba con su simpatía. En su casa monté yo mi primera biblioteca. Me procuré una caja de madera, hice saltar una de sus tapas, coloqué estantes, reuní en ellos cuantos libros de todos los géneros caían en mis manos, y llamé á esto «mi biblioteca.»

Apesar de mi éxito en casa de la señora Ruffner yo no abandonaba mi proyecto de ir al instituto de Hampton. Durante el otoño de 1872 me decidí á hacer los esfuerzos necesarios para ponerme en camino, aunque, como he dicho antes, no tuviera la menor idea de la situación topográfica de Hampton, ni de los gastos que aquel viaje me ocasionaría. Nadie de cuantos me rodeaban me aprobó esta idea del viaje á Hampton, excepto mi madre; y ella estaba llena de inquietud, temiendo que me lanzara á una empresa loca. De todos modos consentía en ello contra su voluntad. El poco dinero ganado por mí, había servido para mi padrastro y mi familia, de modo que me quedaban solamente algunos dollars para comprarme las prendas de vestir más necesarias y hacer los gastos indispensables. Mi hermano Juan me

ayudó todo lo que pudo; pero naturalmente fué muy poco porque trabajaba en la mina, donde ganaba exiguo jornal y la mayor parte de su salario lo entregaba para subvenir á los gastos de la casa.

Lo que más me conmovió en lo referente á este viaje mío, fué el interés con que me miraban algunos viejos negros. Habían pasado la mayor parte de su vida en la esclavitud y no esperaban ver el día en que uno de los suyos abandonara su casa para ir á la escuela. Unos me daban una pieza de plata, otros algunos céntimos, otros un pañuelo.

Llegó, por fin, el gran día y salí para Hampton. No tenía más que un grosero saco de mano con algunas prendas que había podido procurarme. Mi madre, en aquel momento, estaba bastante enferma y su salud parecía comprometida; yo temía no volverla á ver. Nuestra separación fué tristísima. Sin embargo, mi madre estuvo muy animosa hasta el final. Por aquel tiempo no había línea ferrea entre las Virginias del Este y del Oeste. No había trenes más que en una parte del camino y el resto del viaje se hacía en diligencias.

La distancia entre Malden y Hampton es de cerca de quinientas millas. No hacía mucho rato que había salido de casa, cuando me convencí con clarísima evidencia de que iba á faltarme dinero para pagar el viaje. Jamás olvidaré una de las amargas experiencias que entonces adquirí. Habíamos viajado por la montaña, durante gran parte de la tarde, en una vieja diligencia, cuando, ya obscurecido, el carromato se detuvo para hacer noche, ante una casa de apariencia vulgar, de fachada pobre, pero que se intitulaba hotel. Yo era el único negro que había entre los pasajeros. En mi ignorancia imaginaba que el hotel estaba allí para permitir que los viajeros de la diligencia descansaran de

sus fatigas. Ni por un momento se me había ocurrido que una diferencia en el color de la piel, significara nada en este asunto.

Cuando á cada viajero se le había señalado su cuarto y todos se preparaban para cenar, me acerqué yo tímidamente al hombre que estaba en el despacho. Es verdad que yo no podía literalmente pagar mi habitación ni mi comida, pero esperaba conmovier hasta cierto punto al propietario; porque, en aquella estación, el frío de las montañas de Virginia era intensísimo y yo quería proporcionarme un abrigo para la noche. Sin preocuparse siquiera de si podía ó no pagarle, el hombre de el despacho se negó redundamente á tomar en consideración mi demanda. Fué la primera vez que comprendí lo que significaba para mí el color de mi piel. Sin embargo, logré reaccionar del frío dando grandes pasos alrededor del hotel y así transcurrió la noche. Me embarazaba tanto el ansia de llegar á Hampton que ni siquiera tuve tiempo de guardarle rencor al hostelero.

Logré llegar á la villa de Richmond en la Virginia, á unas ochenta y dos millas de Hampton, parte á pie, parte en ferrocarril y en carruaje. Cuando llegué á Richmond harapiento, hambriento y sucio, era muy entrada la noche. Jamás había estado en una población grande y esto aumentaba mi embarazo. No tenía un céntimo en el bolsillo, no tenía amigos ni conocimientos en la villa é ignorando las costumbres, no sabía adónde ir. Me dirigí á distintas habitaciones pidiendo que me alojaran, pero todos los propietarios me exigían dinero y era precisamente lo que á mí me faltaba. No teniendo nada más que hacer comencé á pasearme por las calles. En mi paseo distinguí espléndidos escaparates con pollos asados y fuentes de patatas fritas que se ofrecían á mi vista con insinuaciones completamente sugestivas. Y la

tentación era tan grande que me parecía que hubiera ofrecido todo lo que esperaba alcanzar en el porvenir, por una pierna de pollo ó una fuente de patatas. No podía tener una cosa ni otra: no podía comer absolutamente nada.

Tuve que andar á través de las calles, hasta media noche. Por fin sentí tal extenuación que no pude dar un paso más. Estaba fatigado, estaba hambriento, estaba todo lo que queráis, menos desanimado. En el momento en que tocaba los últimos límites de la fatiga física, llegué á un punto de la calle en que la acera era de una elevación considerable. Esperé algunos instantes para convencerme de que nadie me veía, me acurrugué contra el borde de la acera y pasé la noche en el suelo, con mi saco por almohada. Durante casi toda la noche pude oír el ruido que hacían los transeuntes sobre mi cabeza. A la mañana siguiente me encontré más descansado, pero tenía un hambre voraz porque hacía mucho tiempo que mi comida no era suficiente. En cuanto se hizo de día, pude distinguir lo que me rodeaba y advertí que á poca distancia había un barco del que descargaban piezas de fundición. Acerquéme al sitio aquel y pedí al capitán permiso para ayudar en la descarga con objeto de ganarme algo con que comer. El capitán, un blanco, que parecía tener buen corazón, me lo concedió. Trabajé el tiempo necesario para ganarme el importe de un almuerzo que me pareció, por el recuerdo que he guardado de él, el mejor almuerzo de mi vida.

Quedó tan contento el capitán de mi trabajo que me ofreció emplearme todos los días por una suma mínima. Acepté de buena gana. Trabajé en el servicio del barco durante algunos días. Aun cuando no gastaba en comer más que lo indispensable, restábame escaso aho-

rro con que atender á las necesidades de mi viaje á Hampton. A fin, pues, de economizar todo lo posible y de llegar á Hampton á tiempo, continué acostándome todas las noches bajo la misma acera que me había dado hospitalidad el día de mi llegada á Richmond. Muchos años después de estos sucesos, los negros de la villa de Richmond, galantemente, organizaron una recepción en mi honor á la que acudieron más de dos mil personas. Esta recepción tuvo lugar no lejos del sitio en que había pasado mi primera noche y, debo reconocerlo, mi pensamiento estaba embargado por el recuerdo de aquella acera que me había proporcionado mi primer abrigo, más que por la recepción que se me brindaba aun siendo cordialísima y amable.

Cuando pude reunir lo que me parecía una cantidad suficiente para lograr mi objeto, di gracias al capitán del barco por su bondad y me puse nuevamente en camino.

Llegué á Hampton, sin nuevos incidentes, con dos francos y cincuenta céntimos en el bolsillo para comenzar mi educación. Este largo viaje había sido fecundo en acontecimientos para mí; pero la sola vista de la gran escuela, construída de ladrillos y de tres pisos, me recompensó con largueza de todo cuanto había sufrido para llegar hasta ella. Si los que dieron los fondos para construir aquella escuela, conocieran bien la impresión que me produjo á mí y que habrá producido á millares de negros, tendrían suficientes ánimos para volver á comenzar sus munificencias. Era, para mí, el edificio más hermoso y más grande que había visto nunca. Me sentía revivir al contemplarlo. Comprendía que una nueva existencia se me preparaba y que mi vida iba á adquirir una nueva significación. Había llegado á la tierra prometida y resolví no dejarme detener por

ningún obstáculo en mis esfuerzos para realizar en el mundo cuanto bien pudiera.

Llegué al recinto de la institución, y me presenté á la directora para que me señalara mi clase. Había pasado tanto tiempo sin probar alimento conveniente, sin bañarme y sin cambiar de ropa que, naturalmente, le hice una impresión muy poco favorable y en seguida comprendí que se preguntaba interiormente si debía admitirme como alumno. No podía quejarme si me tomaba por un vagabundo. Durante algún tiempo se calló, sin tomar resolución, y yo vagaba en torno de ella, tratando de hacerle comprender lo mejor que podía que, al fin y al cabo, era digno de interés. En este intervalo presencié la admisión de otros alumnos y esto acababa de mortificarme, porque yo sentía en mi fuero interno que podría cumplir como los demás, con sólo que me sujetaran á cualquier prueba.

Pasaron algunas horas y la directora me dijo: «La clase que está aquí al lado necesita barrerse, tome usted una escoba y bárrala.»

Instantáneamente comprendí que aquella era la ocasión de dar la medida de lo que valía. Jamás orden ninguna ha sido recibida con tan pronta voluntad. Yo sabía barrer porque la señora Ruffner me lo había enseñado á conciencia, cuando estuve en su casa.

Barrí la clase tres veces, luego tomé un trapo y limpié el polvo cuatro veces. Todas las maderas, cada banco, cada mesa y cada pupitre sufrieron también cuatro veces la misma operación. Además cambié de sitio cada mueble y limpié bien los rincones y los armarios. Tenía conciencia de que, mi porvenir dependía de la impresión que causara en la Directora con la limpieza de aquel cuarto. Una vez terminado mi trabajo, la avisé. Era una yankee aseada y lista. Dirigióse á la

sala; examinó el suelo y los armarios; luego tomó un pañuelo, lo pasó sobre las maderas, á lo largo de las paredes, por las mesas y los bancos, y, cuando hubo terminado su inspección sin encontrar la más mínima partícula de polvo, me dijo con una calma grande: «Creo que podremos aceptar á usted en este establecimiento.»

Fuí uno de los seres más felices de la tierra. Mi examen había consistido en un ejercicio de barrido y jamás discípulo de Harvard ó de Yale (1) sufrió examen de ingreso que le diera una satisfacción más completa que este á mí. He tenido que sufrir después otros muchos exámenes; pero éste fué el mejor de todos.

Os he contado las pruebas que tuve que soportar para entrar en Hampton. Tal vez hay pocos que hayan podido hacer experiencias tan duras como yo; sin embargo, en aquellos tiempos había centenares de jóvenes que no ingresaban en Hampton ó en otros establecimientos análogos sin antes soportar pruebas parecidas á las mías. Muchachos y muchachas estaban decididos á instruirse, á cualquier precio.

Mi prueba de barrido en la sala de clase me allanó el camino, para que pudiera acabar mis estudios en Hampton. Miss Mary F. Mackie, la directora general me ofreció una plaza de fámulo. Acepté de buena gana, porque de este modo podría trabajar y pagar mi pensión con mi jornal. El trabajo era penoso y constante, pero yo perseveré con buena voluntad. Tenía que cuidarme de un gran número de cuartos y me era preciso trabajar de noche, aún levantándome á las cuatro

(1) Las Universidades de Harvard y Yale figuran entre las más famosas de las Universidades americanas. La primera está en Cambridge; la segunda en Newhaven.—(N. del T.).

de la mañana para preparar el fuego y repasar mis lecciones. Durante toda mi permanencia en Hampton y después de mi salida, miss Mary F. Mackie fué una de mis mejores y más fieles amigas. Sus consejos y sus exhortaciones me han sostenido siempre, en los momentos más difíciles.

Acabo de hablaros de la impresión que me produjo el edificio y el aspecto general del instituto de Hampton; pero nada os he dicho de la impresión más fuerte y más duradera, hecha en mí por un grande hombre, el ser más noble y singular que me haya sido dado encontrar en esta vida. Me refiero al ya difunto general Samuel C. Armstrong.

He tenido la fortuna de conocer personalmente gentes de gran carácter en Europa y en América, pero no vacilo en afirmar que no he encontrado nunca un hombre que, en mi opinión, igualara al general Samuel C. Armstrong. Apenas salido de la esclavitud y de las minas de carbón cuya influencia degradante sufría todavía, era un privilegio raro para mí aquel trato directo con un carácter como el del general. Desde la primera vez que le vi me causó la impresión de un hombre perfecto. A su lado experimentaba la sensación de algo sobrehumano. Tuve la dicha de conocerle personalmente desde el día de mi llegada á Hampton hasta su muerte, y cuanto más le trataba más se agrandaba á mis ojos.

Habrían podido suprimir de Hampton las construcciones, las clases, los profesores y la enseñanza, dejando á los discípulos el derecho de mantener relaciones con el general Armstrong; esto sólo hubiera constituido para ellos una educación liberal. Y á medida que envejeczo veo, con más claridad, que ninguna educación derivada de los libros ó de los mejores laboratorios, iguala á la que nace del contacto con los grandes ca-

racteres. En lugar de estudiar constantemente en los libros ¡cuánto más valdría, en mi opinión, estudiar en los hombres y en las cosas! El general Armstrong pasó dos de los últimos meses de su vida en mi casa de Tuskegee. Sufrió, por aquel entonces, de una parálisis que le quitaba el uso de sus miembros y de su voz casi por completo. Apesar de su enfermedad, trabajaba sin descanso, noche y día por la causa á la cual había consagrado su vida. No creo que nunca tuviera un pensamiento egoísta. Igual satisfacción le causaba ayudar á los otros establecimientos del Sud, que sacrificarse por el de Hampton. Se había batido contra los blancos del Sud durante la guerra civil y, sin embargo, nunca le oí pronunciar una palabra amarga contra ellos; por el contrario, se esforzaba constantemente en encontrar la manera de serles útil.

Sería difícil dar idea del ascendiente que tenía sobre los estudiantes de Hampton y de la confianza que les inspiraba al mismo tiempo. Puede decirse que sus discípulos le adoraban. Por lo que á mí se refiere estaba íntimamente convencido de que el general no podía intentar nada sin triunfar. Cuanto pedía tenía que concedérsele. Cuando estaba hospedado en mi casa, en La Alabama, la parálisis le obligaba á permanecer en un sillón de ruedas, y recuerdo que uno de sus antiguos discípulos solicitó el favor de empujarle, en su sillón, hasta la cima de un collado alto y en pendiente dura, lo que exigía un esfuerzo considerable.

Cuando llegó á la cumbre de la colina, el discípulo, con el rostro transfigurado, exclamó: «¡Cuánto me complace haber podido hacer algo meritorio por el general antes de que muera!»

Mientras yo era discípulo en Hampton se llenaron los dormitorios de tal modo, que era imposible alojar

á todos los que deseaban ser admitidos. Entonces tuvo el general la idea de levantar tiendas que podían servir de cuartos para dormir. En cuanto supimos que el general deseaba que algunos de los antiguos adoptasen las tiendas como residencia durante el invierno, casi todos nos ofrecimos.

El invierno que tuvimos que pasar en aquellas tiendas fué excesivamente frío; sufrimos lo indecible, pero jamás el general lo conoció, estoy seguro de ello, porque nadie se quejaba. Nos bastaba con saber que le dábamos gusto y que permitíamos que se instruyeran otros alumnos. Más de una vez, en una cruda noche, soplaban tan furiosamente el viento, que levantaba literalmente la tienda dejándonos á la intemperie. El general tenía la costumbre de visitar las tiendas por la mañana temprano, y su voz grave y animosa nos fortalecía y nos hacía olvidar toda penuria.

No he hablado más que de mi admiración por el general Armstrong y, sin embargo, no era único en su género; formaba parte de una cruzada de hombres y mujeres que, llenos de espíritu cristiano, al terminar la guerra, se habían levantado á centenares para entregarse á la regeneración de la raza negra.

No se encontrarán en la historia del mundo, hombres y mujeres de corazón más alto, más puro y más generoso que los que figuraban en las escuelas de negros.

Para mí la existencia en Hampton era una revelación constante; me sentía revivir en un mundo nuevo. En primer lugar, el hecho de comer á horas determinadas y sobre un mantel, tener plato, tomar baños y servirme de un cepillo para los dientes y de sábanas para dormir; todo esto, era nuevo para mí.

Muchas veces he dicho que la más preciosa de las enseñanzas que me proporcionó Hampton, en este or-

den, fué el uso de los baños. Allí aprendí, por la primera vez, que este uso no sólo es bueno desde el punto de vista higiénico, sino que inspira al hombre el respeto de sí mismo.

En todos mis viajes al Sud y á otros sitios, desde que salí de Hampton, he procurado tomar un baño cotidiano. No siempre me fué esto fácil, sobre todo cuando me encontraba entre gentes de mi raza que no solían tener más que una sola cámara por habitación; pero en ese caso me dirigía á cualquier riachuelo de los bosques y me hundía en sus aguas. También me he esforzado en dar á entender á los negros que deberían instalar un baño en sus habitaciones.

Durante algún tiempo no tuve en Hampton más que un par de botinas; cuando era necesario las lavaba por la noche y las suspendía delante del fuego para que estuvieran secas por la mañana. Mi pensión me costaba seis dollars al mes. Tenía que pagarlos parte en dinero y parte en trabajo. Cuando llegué á Hampton no poseía más que cincuenta sueldos y con los raros dollars que mi hermano Juan podía enviarme de tarde en tarde me era muy difícil atender á todo. Por lo tanto, resolví hacerme indispensable en mi cargo de fámulo. Y lo logré de tal modo, que al poco tiempo me hicieron saber que me dispensaban de toda pensión á cambio de mi trabajo. Los gastos de estudios eran de 70 dollars anuales. No es necesario decir que yo no podía pagar semejante cantidad. Si hubiera tenido que pagar, además de mi pensión, gastos de estudio tan considerables, me habría sido necesario marcharme de Hampton. A instancias del general Armstrong, uno de sus amigos, el señor S. Griffith Morgan de New-Bedford (Massachusetts), se ofreció á pagar mis estudios durante mi permanencia en Hampton. Más tarde, comenzada

ya mi obra de Tuskegee, tuve el placer de trabar conocimiento con él y visitarle algunas veces.

Otra de mis dificultades era la de procurarme libros y vestidos. Logré que me prestaran sus libros aquellos de mis compañeros más afortunados que podían comprárselos. En cuanto á vestidos no tenía ningún completo cuando llegué á Hampton. Todas mis ropas cabían en mi saco. Y esto me preocupaba tanto más cuanto que el general pasaba revista por sí mismo para convencerse de que sus discípulos llevaban limpio el traje. Era necesario que nuestras botas estuvieran ilustradas; que no faltara un botón en nuestras blusas y que no se viera en ellas una sola mancha. Llevar un único vestido para el trabajo y para las clases y no ensuciarlo, era un problema difícil de resolver. Logré, no obstante, triunfar en mi empeño, hasta el día en que mis maestros se convencieron de la buena voluntad que me animaba. Entonces pensaron en hacerme beneficiar de los trajes de segunda mano que habían enviado en cajas nuestros protectores del Norte. Aquellas cajas fueron la providencia de centenares de estudiantes pobres, que hacían méritos para continuar sus estudios. Sin ellas, no creo que me hubiera sido posible continuar en Hampton hasta el fin.

Antes de mi llegada á la escuela no recuerdo haber dormido nunca en una cama con sábanas. En la época de mi llegada á Hampton, el establecimiento tenía pocos dormitorios y el sitio era escaso. Había, en el propio cuarto que yo, siete discípulos más; casi todos habían entrado antes. Ignorando yo para qué podían servir las sábanas, la primera noche me acosté debajo de las dos; la segunda noche encima, hasta que observando á mis compañeros, aprendí la manera de utilizarlas

y luego, procurando acostumbrarme, he hecho aprovechar á otros de mi experiencia.

Yo formaba entre los alumnos más jóvenes de Hampton. La mayor parte de los estudiantes eran hombres ó mujeres de edad madura y algunos de ellos contaban cuarenta años. No es frecuente el privilegio de vivir en compañía de trescientos ó cuatrocientos hombres, poseídos todos del mismo afán de ilustrarse. Cada hora del día estaba consagrada al estudio ó al trabajo. Todos ellos habían estado bastante tiempo en contacto con el mundo para saber apreciar la necesidad de la instrucción. Algunos eran demasiado viejos para estudiar en los libros, y apenas verles esforzarse en vano para aprender las lecciones; pero suplían con la voluntad lo que les faltaba de inteligencia. Muchos otros, además, eran tan pobres como yo, y á la par que con los libros tenían que luchar con la miseria que les privaba de las cosas más indispensables de la vida. Otros tenían padres ancianos que dependían de ellos y otros, finalmente, eran hombres casados que tenían que subvenir, de una manera ú otra, al mantenimiento de sus mujeres.

La gran ambición que les animaba á todos era prepararse á luchar por su raza, cada cual en la medida de sus fuerzas. A su vez era admirable la abnegación de maestros y empleados. Trabajaban por los estudiantes noche y día, y no parecían satisfechos más que cuando podían ayudarles de una manera ú otra.

El día en que se narre, y espero que será pronto, la parte que tomaron los profesores yankees en la educación de los negros después de la guerra, este capítulo constituirá una de las páginas más emocionantes de la historia de aquel país. Día vendrá, y no está lejos, en que todo el Sud sepa apreciar este servicio mejor de lo que ha sido apreciado hasta el presente.

§ CAPÍTULO IV.—AYUDO Á MIS COMPAÑEROS. ✂ ✂ ✂

Una nueva dificultad surgió en mi vida de colegial, al terminarse mi primer año de Hampton. La mayor parte de los alumnos se fueron á pasar las vacaciones á su casa. Yo no tenía dinero para volver á la mía y me era necesario irme á algún sitio. Por aquel tiempo no había la costumbre de que los alumnos permanecieran en el colegio durante las vacaciones. Experimenté una profunda tristeza viendo hacer á los demás sus preparativos de marcha. Yo no tenía dinero para ir á ningún sitio.

Por entonces poseía un traje, que había adquirido no sé como, que era de segunda mano, pero que estaba todavía en buen estado. Resolví venderlo para procurarme un poco de dinero con que hacer frente al gasto del viaje. Yo era bastante orgulloso y, en mi orgullo de muchacho, hacía todo lo posible por esconder á mis compañeros mi falta de dinero. Hice saber á algunas personas de la ciudad que tenía ropa para vender; y á fuerza de persuasión logré que un negro viniera hasta mi cuarto, á ver mi traje para comprármelo. Después de convencerle cobré ánimos. Al otro día, muy temprano, vi llegar á mi futuro cliente. Después de examinar escrupulosamente el traje prenda por prenda